

Marín respondió a fuego de cañón. Tomó las brújulas y vió dibujarse en la oscuridad los tres mástiles de un buque que era el remolcado.

Entonces comenzó el combate, casi a quema ropa. Marín, que no esperaba el empuje, trató de ponerse en franquía y ver si podía descabezar el bajo; pero no le fué posible, porque murieron dos timoneles.

Faltando dirección al buque, y acribillado por el vivo fuego de la «Zaratoga», se varó de proa en el bajo.

Acudieron otros dos timoneles, uno para gobernar y otro para poner la bandera.

El primero fué echado al mar por una bala de cañón, y el otro bajó con el pabellón.

Una bala de los buques de Marín dió sobre la obra muerta de la «Zaratoga» y las astillas hicieron una profunda herida en el rostro del general Llave, que no cesaba de despertar con sus gritos el furor de sus soldados.

El fuego se hacía más vivo en los asaltantes, mientras que en los buques reaccionarios se iba apagando lentamente, hasta quedar en el más profundo silencio.

Allá, entre la oscuridad y más bien a los relámpagos de los disparos, se vió que el «General Miramón» enarbolaba bandera blanca, y el «Marqués de la Habana», el pabellón español.

Los dos buques quedaron prisioneros, lo mismo que su tripulación, y llevados en triunfo a Veracruz.

Al saltar Llave en tierra, lo llevaron en peso hasta el palacio, entre los vítores más entusiastas y el toque de las músicas militares.

El señor Juárez y los ministros, saludaron a aquel gran patriota, que acababa de alcanzar el más espléndido de los triunfos en nombre de la libertad.

El pueblo de la heroica ciudad de Veracruz, tendrá siempre en el mundo de sus recuerdos aquella noche gloriosa.

VII

En el campamento de Miramón, todo se ignoraba; les parecía haber oído fuego lejano de cañón; pero como no podían imaginar lo que pasaba, esperaron tranquilos a que amaneciera.

Muy temprano, dirigieron sus brújulas al rumbo de los buques de Marín, que ya se ponían en camino para el puerto y habían desaparecido de la bahía.

Pero, ¡cuál fué su sorpresa, al ver a los buques de Marín, prisioneros y vigilados por los vencedores!

La expedición había hecho fiasco.

Las baterías que estaban a izquierda y derecha de los médanos, hicieron fuego sobre la plaza y ésta contestó con su artillería.

Era tal el entusiasmo de la plaza, que los soldados saltaron las trincheras y se arrojaron sobre la división Licéaga, sufriendo a pecho descubierto el fuego de la artillería y regresando a sus posiciones después de una hora de combate.

Miramón decidió la retirada, pero no queriendo hacer un papel ridículo, más que su situación, ordenó bombardear la ciudad mientras la plaza acribillaba con sus cañones la trinchera levantada por los sitiadores.

Los baluartes, las obras exteriores, Ulúa, las lanchas y las trincheras de los sitiadores, con dos morteros y seis piezas, hicieron, durante dos horas y media, un vivísimo fuego, que fué cediendo hasta la entrada de la noche.

Por fin, el ejército reaccionario levantó el campo y emprendió la retirada.

Durante el bombardeo, el señor Juárez se trasladó a San Juan de Ulúa, y desde el Caballero Alto, presenció el fuego, imperturbable, como Nerón el incendio de Roma.

VIII

Llegó Miramón a México, y como el clero acostumbraba cantarle un «Te Deum», se lo cantó ese día por cuenta de Juárez.

Lo más ridículo fué, que el Presidente de la reacción recibió las felicitaciones de su gente, por el «éxito» del sitio de Veracruz.

Miramón, enteramente desconcertado, contestó:

— El Sér Supremo no puede abandonar a un pueblo que pelea por su independencia, por su verdadera libertad y por la justa defensa de su religión.

Con esta jaculatoria dió fin la desgraciadísima jornada de Veracruz.

CAPITULO XXII

UN ASTRO QUE SE APAGA

I

Natural es que, en semejantes crisis, comiencen el pánico y la desconfianza.

Nada más alarmado, que un Gobierno en vísperas de caer.

El 11 de abril de 1860, primer aniversario de las ejecuciones de Tacubaya, una multitud de señoras, pertenecientes a las familias liberales, se dirigieron a San Pedro Mártir, donde estaban los restos mortales de aquella juventud sacrificada por Márquez, el más miserable de los asesinos, y que deja un rastro pestilente en la historia.

Había caído la víspera una abundante lluvia y el campo estaba bellissimo.

Los árboles con sus ramas empapadas, por donde se deslizaban los cristales del agua en brillantadas gotas, que fulgían al rayo esplendoroso del sol.

En el cielo de un azul purísimo, se extendían levísimas gasas de nubes, en alas de una brisa dulce y refrescante.

Abril es el mes predilecto de las flores, y allí caían en lluvia sobre las tumbas y adornaban vistosamente las cruces de los sepulcros, plantadas sobre la tierra removida.

La capilla estaba clausurada; un rayo había derribado la torre y cuarteado las bóvedas.

Como una bandada de palomas, que se posa sobre la frescura de un sembrado, llegaron allí las jóvenes con sus coronas y ramilletes de rosas a ofrecerlas a la virtud, a la heroicidad y al sacrificio.

Tres sacerdotes liberales, desafiando el furor del clero y de la reacción, solicitaron decir una misa y el permiso les fué negado.

Entonces encabezaron a aquella concurrencia, que se arrodilló frente a las tumbas; se rezaron oraciones en voz alta, que más bien eran una protesta contra el salvajismo y la barbarie y una maldición sobre la cabeza inmunda del asesino.

Concluido el acto religioso, una señorita leyó un discurso lleno de vehemencia, que arrancó un aplauso y un grito de dolor y de venganza.

Iba la señorita Josefina Juárez, que aun vive todavía, a leer una composición, cuando el jefe de policía, con una escolta armada, se presentó intimando que se disolviera aquella reunión, por ser subversiva aquella ceremonia.

— Venimos a rezar por los muertos—dijo una señora.

— Está prohibido—dijo el policía.

— No está prohibido rogar a Dios por los que han muerto.

— Esa es la orden.

— Pues no la obedecemos.

Las señoras se arrodillaron todas y comenzaron a rezar en voz alta.

El jefe se quedó parado, sin atreverse.

Josefina Rivas se levantó y leyó su soneto en presencia de la policía.

— Si no se retiran—dijo resuelto el jefe—, me llevo a todos los hombres.

Entonces las señoras se retiraron en silencio.

II

Cuando la multitud y la fuerza habían desaparecido, una mujer enlutada, con el semblante pálido intenso, como el de la luna, y andar majestuoso, se adelantó a la negra cruz, que como el mástil de un buque en naufragio, estaba varada sobre los sepulcros.

Colocó una corona de rosas blancas, y se arrodilló.

El llanto se deslizaba por aquel rostro interesantísimo y bello, y sus labios temblorosos musitaron una oración.

El sol, como una lámpara, daba de lleno sobre el humilde cementerio y alumbraba la cándida frente de aquella espiritual criatura.

— ¡Háblame! ¡Háblame—decía—, que estoy junto a ti; apenas nos separa la débil costra de la tierra!... ¿No decías que me amabas? ¿Por qué no respondes a mi voz, que se anidaba como una ave en tu corazón?...

— Quedaba un momento en silencio, porque los sollozos le ahogaban las palabras.

— ¡Manuel! ¡Manuel! Responde; tu silencio me espanta. ¿Que ya no me amas?... Por las noches te acercas a mí con tus sudarios; tus labios palpitan sobre mi frente, y tus manos me acarician... ¡Qué silencio tan espantoso el del sepulcro!... ¡Callado, callado eternamente!...

— ¡Manuel, tu alma vuela en mi derredor; siento el aleteo sobre mi cabeza!... ¡Despierta, aunque vuelvas luego al espantoso letargo de tu sueño! ¡Zumba el moscón sobre esta tierra escarbada; todo me asusta!... ¡Yo pienso en ti a todas horas!... ¡Veo tus heridas que manan sangre, y recibo tu último pensamiento, que ha sido todo mío, porque mi imagen estaba en tu cerebro y en tu corazón, en esa hora apartada y suprema!

Al recuerdo horrible de aquella catástrofe, la joven cayó desmayada sobre aquel lecho de rosas.

— Señorita, señorita—dijo una voz que retumbó en los oídos de la joven.

Se reaccionó su organismo, y se levantó terrible.

— ¿Qué quiere usted aquí, asesino?—gritó Eva.

— Pasaba accidentalmente y vi a usted aquí y me he acercado.

— En mala hora llega usted, hombre sin conciencia, a profanar el sepulcro de la víctima.

— Le juro a usted...

— No jure usted, hombre malvado; todo lo sé, todo; pero pronto le llegará a usted su hora, que yo espero con impaciencia.

El general Altúnez se arrodilló delante de Eva.

— Sí—dijo—, soy un miserable; el amor de usted me ha arrojado a un abismo lleno de sombras y de fantasmas.

— Me causa horror este hombre—gritó Eva.

— Yo, el maldito de Dios, el execrado de los hombres, me he gozado en la muerte de un hombre a quien sentía superior sobre todo mi sér, sobre mi espíritu... ¡No, no merezco perdón!

— ¡Nunca! ¡Nunca!—gritaba Eva.

— ¡Esa es la voz de la justicia divina!—gritó Altúnez— ¡Nunca!... ¡Nunca!... ¿Y qué voy a hacer, maldecido de Dios

y de los hombres, perseguido, derrotado, vencido, solo con mis remordimientos y mi angustia?..

— ¡Correr como Caín— exclamó Eva—; ir por ese desierto de la vida, tropezando con fantasmas, abrumado por el fragor del rayo, que es la maldición del cielo!... ¡Sí, con el crimen delante, con el remordimiento en el corazón!

— ¡Eva, usted es un ángel; delante de este sepulcro pronuncie usted la palabra perdón; será una gota de consuelo en el mar encrespado de mis infortunios!... ¡Yo me arrepiento!

Eva volvió la vista y contempló sañuda la cara descompuesta de aquel miserable.

Gruesas gotas de llanto caían por sus mejillas; su frente húmeda y sus manos enclavadas.

— ¿Si será un sacrilegio hablar de venganza delante de esta tumba sagrada?— pensó Eva.

Altúnez bajó la frente esperando su sentencia.

— No, yo no puedo manchar esta tierra con promesas de sangre; el perdón es más grande todavía, es una ofrenda en el altar de Dios. ¡El se encargará de hacer justicia!

Luego, dirigiéndose a Altúnez, le dijo con voz conmovida por el llanto y el dolor:

— ¡Ore usted sobre ese sepulcro y pida misericordia! ¡Piense usted que toda la sangre derramada ha sido inútil; que ya la lucha toca a su término, sin dejar más nombre ni memoria que estas catástrofes tan espantosas!... ¡Que los muertos protestan desde sus sepulcros; que la sangre derramada sube en vapor al cielo, y que de allí baja en una maldición eterna!

— ¡Compasión! ¡Compasión!

— Sí— continuó Eva—, yo no usurpo el derecho a la Divinidad; ella sabe si castiga o perdona. ¡Yo... yo... perdono, en nombre de la víctima!

— ¡Gracias! ¡Gracias!— gritó Altúnez, y llenó de lágrimas los pies de Eva.

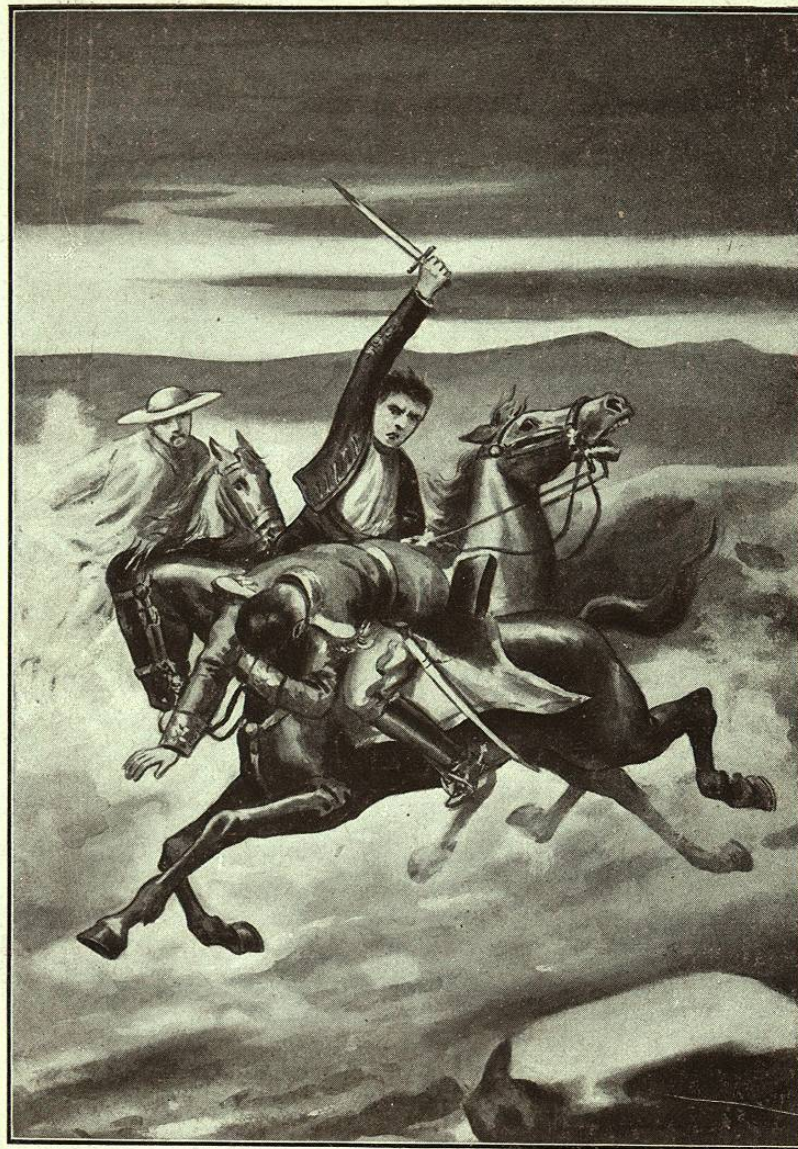
— ¡Quede usted ahí, y que Dios le perdone como yo le he perdonado!

Quedó aquel hombre orando sobre el sepulcro, y la joven, derramando un copioso llanto, se abrazó de la cruz, la besó, y sin volver el rostro, se perdió en el sendero que conducía a la ciudad.

III

El último del mismo abril circulaba entre los conservadores el siguiente parte:

«Ejército Federal. — División de Zacatecas y San Luis Potosí. — General en Jefe. — Excelentísimo señor. — El 2.º Cuerpo de ejército de la «reacción» no existe ya. Su general en jefe, su segundo, 18 piezas, 30 carros y más de mil prisioneros, están en mi poder. Comenzó el combate a las once



Juan levantó su machete suriano y con una fuerza terrible, lo descargó sobre la cabeza de Altúnez.

(Pág. 373)

del día. No puedo decir aún las pérdidas mías y las del enemigo. Dentro de algunos días ocuparé a San Luis. Cuartel General en el Rancho del Chino. Abril, 24 de 1860. — José L. Uruga.»

—Estamos perdidos—decía la crema de los reaccionarios—; está visto que Miramón ya no puede, es necesario que vuelva Zuloaga, y le entregue a Márquez la Presidencia.

—Sí, sí; pero ahora mismo; estos liberales adelantan, y no nos queda más que la venganza, el patíbulo, la muerte... Se encerraron con Zuloaga y le obligaron a firmar un decreto, que apareció en las esquinas todas de la capital.

«Félix Zuloaga, Presidente, etc. — Que en uso de las facultades que me concede el Plan de Tacubaya, he tenido a bien decretar lo siguiente:—

«Artículo único. Cesa en el servicio de sus funciones, el Presidente sustituto, Excmo. Sr. General don Miguel Miramón; en consecuencia, reasumo el mando supremo de la República.»

Este gracioso cuanto inesperado suceso, fué acompañado a la vez de una nota, en que se decía a Miramón, bajo una forma solapada, que no había podido dominar la revolución, que ya no se tenía fe en él, y en consecuencia, era necesario crear una nueva situación.

Una carcajada respondió a la ocurrencia feliz de Zuloaga. Miramón leyó la comunicación y el decreto, entró en su carruaje y se dirigió a la casa de Zuloaga.

El pobre general, que no aguardaba tal visita, se enfió como un carámbano de hielo, perdió el color y estuvo a punto de desmayarse, como la Traviata.

Entró Miramón, y sin dar explicaciones, lo tomó por el brazo, y sacudiéndolo fuertemente, le dijo:

—Voy a enseñarle a usted cómo se ganan presidencias. Y se lo sacó de la casa, como a un manso cordero, y en la misma noche se lo llevó rumbo a Guadalajara.

IV

La oleada de la revolución se hacía más poderosa. La República entera estaba en combate, y las victorias y las derrotas se sucedían sin intermisión.

Los desastres se contaban por días. El general Uruga, animado por la victoria de Loma Alta, comprometió un horrible ataque sobre Guadalajara el 24 de mayo.

Arrojó imprudentemente sus columnas a pecho descubierto, sobre la plaza artillada, y allí sacrificó a jefes de alto mérito, entre ellos a Contreras Medellín.

Los sitiadores tuvieron pérdidas enormes; pero el ejército liberal, viendo caído a Uruga, emprendió una retirada per-

fectamente organizada por el general Zaragoza, que tomó el mando supremo.

Entretanto, todo el Bajío era ocupado por la revolución.

Berriozábal atacó a Celaya, que cayó en su poder.

Rojas se había apoderado del Cantón de Tepic; Hinojosa derrotaba en Nazas a Cajen.

Pueblita ocupó Guanajuato; Rojas derrotó en Santiago Ixcuintla a Calatayud, que no queriendo caer en su poder, se levantó la tapa de los sesos.

Carabajal ocupaba Pachuca, y todo era una constante revuelta, una lucha sin término.

Miramón salió de Guadalajara con seis mil hombres y treinta y cuatro piezas de artillería, en pos de la fortuna.

Las fuerzas liberales lo esperaron a pie firme en la cuesta de Zapotlán.

Quando se creía en una gran batalla, Miramón se retiró, desmoralizando sus fuerzas y a sus partidarios, y se dirigió a Lagos y después a Silao, donde le esperaba ya el eclipse de su estrella.

El desgraciadísimo general Zuloaga estaba desesperado con que Miramón lo llevara a todas sus correrías, que eran muy peligrosas.

Había llegado a León.

— Señora—decía Zuloaga, dirigiéndose a una vieja que lo acompañaba—, yo ya estoy fatigado; veo que este señor ya está dominado por la revolución, y que es necesario que me ponga al frente del ejército.

— Sí, señor general—contestaba la señora—; la religión está en peligro, y es necesario salvarla; usted debe ser el San Miguel Arcángel, que se ponga al frente de las legiones.

— Pero si me tienen aprisionado, no puedo moverme.

— Vea usted, señor general: el señor Miramón aguarda aquí al enemigo de Dios; ya no vuelve a México; haría un papel ridículo.

— Eso no importa; ya lo ha hecho dos veces en la campaña de Veracruz, cuando yo hubiera tomado la plaza en veinticuatro horas.

— Eso era visto, señor general; es usted capaz de tomar todas las plazas; hasta las de toros.

— Pero no me han dejado; creyeron que Miramón era un Bonaparte.

— ¡Sí, «un non plus ultra de los Godines»!—dijo la señora.

— Y ya ve usted: nada entre dos platos. Ahora lo he visto de cerca, y no vale nada; si yo no le hubiera hecho Presidente, no sería ahora más que un jefecillo de columna.

— Hizo usted mal; él se llevaba la gloria, cuando usted tuvo la gran pena de traicionar a su compadre el señor Comonfort.

— La religión me lo exigía, y ahora me arrepiento.

— Pero ya la tormenta está encima; ya ve usted, como doscientas y tantas personas han pedido que se haga la paz.

— Eso nunca; ya ve usted lo que ha dicho el venerable clero: que todo se lleve a sangre y fuego.

— Por eso me gusta el general Márquez, que ya lo sumieron como a usted.

— Sí, porque hasta meritorio, dicen los Padres de la Iglesia, es derramar la sangre de los enemigos de Dios.

— Y así debe ser; pero los enemigos de Dios nos están dando unas zumbas y unas felpas de Dios y ley.

— Eso es para probarnos.

— En un descuido nos quedamos en la prueba.

— Veremos; pero yo no le veo la punta.

— Sería bueno, señor general, que usted se escapara y se fuera para México, donde todo está revuelto.

— Ese es mi deseo, pero estoy muy vigilado.

— Y si lo pescan a usted, lo fusilan.

— En el acto; parece que lo estoy viendo.

— Si usted se fía de mí, yo saco el buey de la barranca.

— Diga usted, señora, diga usted.

— Tengo un sobrino muy jayán, capaz de habérselas con cualquiera; es casi un salvaje, sumamente bruto.

— ¿Y bien?

— Si a él le encomiendo que lo saque a usted de aquí, lo saca, aunque sea muerto.

— No; prefiero quedarme.

— Vea usted: lo disfrazaremos, y mi sobrino se lo lleva.

— ¿Y dónde está su sobrino?

— Está cenando; voy a llamarlo.

V

Se levantó la señora y gritó:

— ¡Crispín! ¡Crispín!

Se presentó, en efecto, una especie de bárbaro, vestido de cuero, con unas melenas rubias alborotadas, una barba larga, unos pulmones de Hércules, unas piernas formando paréntesis y unas manos como tronco de árbol.

— Aquí está el señor general Zuloaga, Crispín.

— ¿El que trae de las orejas el general Miramón?—dijo Crispín con una voz de gigante.

— El mismo.

— ¿Y qué se le antoja?

— Es necesario salvar la religión; el señor es el caudillo.

— ¡Qué! ¿Es obispo?

— No, es general; como quien dice, obispo del ejército reaccionario.

— Ya; fraile vestido de soldado.

— Perfectamente, pero se necesita que tú lo salves del cautiverio.

— ¿Tiene pantalones?

— Al parecer—respondió la señora.

— Pues tomamos nuestras pistolas y machete en mano atravesamos entre todos, y el que caiga, caiga.
 — No, no es eso; va a tomar un disfraz, y tú te lo llevas.
 — Esa es otra cosa; que se vista de vieja; lo echo en la silla de mi mula, y no le huelen ni el polvo.
 — No está mal pensado—dijo Zuloaga.
 — Pues al avío, y pronto; al amanecer ya vamos muy lejos.
 — ¿Se resuelve usted, señor general?
 — Sí, me resuelvo; hay que pasar por todo para afrontar el peligro.

— ¡Qué peligro, ni qué peligro!—dijo Crispín— ¡Si esto lo hacemos en tanto que el aire.

Trajo la señora unas enaguas, y como juntaba el pelo que se le caía, para hacerse postizos, formó una especie de cabellera, se la puso al señor Presidente interino, le amarró las enaguas, le torció un rebozo y le cortó con las tijeras el bigote.

— Así está bien; hasta se antoja—dijo Crispín.

Lo montó en la mula, se puso en las ancas y salieron de León, rumbo a la capital.

VI

Luego que Miramón se enteró de la fuga, telegrafió a México y se reunió el Consejo de Estado para prevenir cualquier golpe y fijar definitivamente la Presidencia de la República en Miramón.

Por supuesto, que Zuloaga, luego que llegó a México, pidió garantías, y ofreció ya no ser Presidente ni nada que se le pareciera.

Pero el Consejo se reunió mientras que Miramón libraba la batalla de Silao.

VII

Mientras el general Severo Castillo, que con pundonor y todo, se había pasado a la reacción con armas y bagajes, se artillaba en Guadalajara, amagada por el general Ogazón, el general González Ortega, vencedor en Peñuelas, y sobre una ruta espléndida de victorias, se reunía con Zaragoza, Berriozábal, Doblado y Antillón, y llegaban frente a Silao, deseosos de encontrar al enemigo.

Por primera vez, González Ortega, la gran figura de la revolución, iba a estar frente a frente del caudillo supremo de la reacción militar y del clero.

Aquellas dos potencias iban a chocar sobre el campo de batalla. Iban a cruzarse dos espadas afiladas en los combates.

Los dos llevaban los laureles de las batallas.

La lucha debía ser terrible.

Los elementos acumulados eran poderosos.

Al aparecer el sol del 10 de agosto de 1860, comenzó la batalla.

Miramón se apoyó en la ciudad, y Zaragoza tendió su batalla en las lomas del frente.

Las múltiples piezas de artillería jugaban con estrépito en los dos campos.

Las infanterías avanzaron a paso de carga, diezmadas por el fuego.

La batalla se hizo general.

Los lances del combate no determinaban aún la superioridad.

Todos se batían con igual bravura.

Llegó el momento decisivo.

Entre aquellas oleadas que formaban las columnas dispersas o repechadas, en aquel retirarse y volver a la carga entre el plomo mortífero de los cañones, hubo un instante supremo.

Zaragoza empuñó la bandera, arengó con voz de trueno a sus soldados y se lanzó a la arena en una de esas inspiraciones sublimes que deciden el éxito de una batalla.

Todo aquel ejército, como llevado de una misma inspiración, y dominado por aquel gran espíritu, se lanzó en desorden sobre el campo enemigo, despreciando el incesante fuego de los cañones.

Como las corrientes impetuosas del Bravo, que desbaratan y arrollan a su paso cuanto encuentran, y sumergen las embarcaciones y se precipitan rabiosas sobre las inquietas olas del Océano; así aquella multitud aprisionó en su corriente desbordada el ejército enemigo. Artillería, trenes, banderas, armamento, todo cayó en su poder entre centenares de hombres y de generales, y jefes y oficiales.

Miramón ni aun pensó en una retirada militar; salió a uña de caballo del campo de batalla, apenas seguido por sus generales dispersos.

Llegó a México en los momentos en que lo declaraban Presidente, fuera de la acción de Zuloaga, y sin antagonismo.

Miramón ya no hizo caso de aquella declaración; sentía que la fortuna lo abandonaba para siempre.

CAPITULO XXIII

LAS ULTIMAS BATALLAS

I

Un joven inglés, Mr. Lanne, había llegado a México.

En sus facciones distinguidas, en su aire apuesto y aristocrático, se revelaba que pertenecía a una clase elevada.

Nadie sabía quién era, pero lo saludaban con gran respeto el ministro inglés y los cónsules británicos.